



**CARLA
MONTERO**
El pastel de
manzana
de Nathalie

Flash Relatos

El pastel de manzana de Na- thalie

Carla Montero

EL PASTEL DE MANZANA DE NATHALIE

Todas las mañanas a las ocho en punto, coincidiendo con el tañido de las campanas de la iglesia justo en la misma plaza, Nathalie sacaba al escaparate de la confitería su pastel de manzana. Todas las mañanas desde hacía años; como años antes había hecho su madre, y la madre de su madre y la madre de la madre de su madre y así hasta una fecha remota en la que un tatarabuelo suyo había fundado el Café Patisserie Maison Blanchard. Poco había cambiado desde entonces en la vieja confitería: el mismo cartel de letras doradas sobre fondo negro, el mismo toldo de rayas y la misma madera teñida de azul lavanda que ya acumulaba unas cuantas manos de pintura. Incluso el pie de porcelana blanca sobre el que reposaba la tarta seguía siendo el mismo, con algún desconchón.

Todas las mañanas a las ocho en punto.

Era entonces cuando las calles del pequeño pueblo de Saint Martin sur Meu se colmaban de un aroma embriagador que acariciaba los corazones y apretaba los estómagos. Era entonces cuando los ochocientos setenta y tres habitantes del pequeño pueblo de Saint Martin sur Meu esbozaban la primera sonrisa de la mañana. El párroco alzaba las

comisuras de los labios en mitad del tercer misterio del Santo Rosario; el doctor Bizien contenía la sonrisa cuando madame Noret le relataba sus dolores de lumbago, aunque ella también sonriera; el pequeño Valentin sonreía mientras su madre, con una sonrisa, le marcaba usando un peine una raya perfectamente rectilínea a un lado de la cabeza recién rociada de agua de colonia; sonreían los demás niños y las demás madres de Saint Martin; el boticario, el lechero, el carnicero, el alcalde... Incluso el muy anciano monsieur Kermaidic, que no había sonreído desde que perdiera a su hijo en la guerra, mostraba parte de una encía sin dientes en una mueca que, muchos aseguraban, quería ser una sonrisa.

Y, por supuesto, Nathalie sonreía más que nadie cuando observaba a la luz del día los bordes dorados y crujientes del pastel, las manzanas esponjosas y humeantes, el brillo del caramelo que aún borboteaba caliente y rebosante de jugo. A veces, mejoraba la receta con arándanos, que estallaban en manchas de mermelada roja sobre las manzanas; si era verano, le añadía flores de jazmín o de lavanda; en otoño, lo adornaba con unas cuantas almendras y uvas pasas; y en invierno, usaba nueces y una mezcla secreta de especias que olía a Navidad. Justo después de sonreírle a su pastel y pensar cada mañana que sin duda aquel era el mejor pastel que había horneado nunca, Nathalie se deslizaba hacia el interior de la pastelería para atender a los clientes que empezaban a abarrotarla.

Todas las mañanas a las ocho en punto, desde había muchos, muchos años.

—¿Cómo es que sigues sin casarte? —solía preguntar siempre indiscreta Pauline, la secretaria del ayuntamiento, mien-

tras se limpiaba el jugo que le resbalaba por la barbilla una vez engullido el primer bocado de pastel. –Con la buena mano que tienes para la cocina...

Nathalie sonreía en silencio sin dejar de servir espuma de leche en un café.

–No será porque te falten pretendientes –aseguraba monsieur Alcalá, el dueño del quiosco de prensa.

–Cásate conmigo, Nathalie. Y comeremos pasteles todos los días.

Ella hacía caso omiso de las risotadas. Dejaba el café sobre la barra y replicaba con condescendencia:

–Ya tomas pasteles todos los días, Antoine. Además, no creo que tu mujer lo aprobara.

Entonces a las risotadas de Antoine se unían las de monsieur Fillon, el gendarme, y la risa de campanilla de Pauline. Y todas juntas resonaban con fuerza en el café.

–Pues ya no eres ninguna jovencita, querida –la recriminaba madame Offret, que era amiga suya y que lo había sido antes de su madre, aunque a veces la desesperaba. –Deja de perder el tiempo y búscate un buen hombre que cuide de ti antes de que te quedes para vestir santos.

Pero Nathalie estaba segura de no necesitar a nadie que cuidase de ella. Se tenía por una mujer independiente: sabía cuidarse por sí misma sin tener que dar cuentas a nadie y menos a un hombre. Había heredado de sus padres la pastelería y la casa en el piso superior, tenía un Citroën con más de quince años que conducía hasta la ciudad cada vez que quería ir de compras o al cine. Contaba con Alice quien, además de ayudarla en el obrador y en el café, era su buena y querida amiga, y también con Molière, su gato, que le ofrecía cariño y compañía desinteresada todas las

noches sin pedir más a cambio que unas cuantas caricias en el lomo y leche con galletas en el plato.

Búscate un buen hombre... Nathalie dudaba de que verdad hubiera buenos hombres. Los había menos malos; amables, simpáticos, atractivos... Pero buenos... A su modo de ver el hombre era un ser egoísta por naturaleza. Ni siquiera su padre había sido un buen hombre en el estricto sentido de la palabra. Fue un padre severo y desapegado; trabajador, sí, en la medida de lo que se espera de un hombre; pero nunca había hecho por la familia tanto como su madre. En cuanto a todos aquellos que alguna vez la habían rondado, los que la habían invitado a ir al baile, a la feria o al cine de verano, no tenía mejor opinión de ellos: vanidosos, superficiales, egocéntricos... solía aburrirse de ellos a la tercera cita. Ahora todos estaban casados con mujeres que les habían dado montones de hijos, los cuales criaban para ellos; que a diario les lavaban la ropa, les preparaban la comida, les limpiaban la casa y les encendía la pipa antes de irse a acostar a un lecho en el que se encontraban tan solas como ella. Tampoco Roland fue un buen hombre; de hecho, era el peor de todos. Quizá porque fue el único del que se enamoró, cuando sólo era una chiquilla y se creyó aquel cuento de que podrían casarse y ser felices. Pero Roland tenía otros planes y la dejó con el vestido blanco estirado sobre la cama. Se marchó del pueblo y nunca más supo de él. Aquel fue el único día de los últimos cien años en que el pastel de manzana desprendió un aroma amargo y supo salado como las lágrimas.

Madame Offret tenía razón en una cosa: ya no era una jovencita. En su rostro empezaban a dibujarse las primeras arrugas finas cual eco de sus muchas sonrisas, y algunos ca-

bellos de las sienes le blanqueaban con la enojosa anticipación de una nevada de otoño. Por lo demás, seguía conservando el busto firme, la cintura estrecha y las piernas largas y bien formadas. Presumía además de una salud de hierro, pues ni un mal catarro la había sujetado jamás a la cama. No, definitivamente no necesitaba de un hombre que cuidase de ella.

Una mañana de septiembre a las ocho en punto, coincidiendo con el tañido de las campanas de la iglesia justo en la misma plaza, Nathalie sacó al escaparate su pastel de manzana. Inmediatamente, el aroma dulce de la masa recién horneada fluyó por las callejuelas empinadas de Saint Martin sur Meu como un baño de chocolate sobre un bizcochuelo, haciendo brotar sonrisas a su paso. Nathalie lo observó sobre el pie de porcelana blanca y también sonrió: lo había rociado con sirope de lavanda y después había espolvoreado unas pocas hojas de la aromática flor sobre la fruta cocida; sin duda aquel era el mejor pastel de manzana que había horneado nunca.

Fue entonces que alzó los ojos y su mirada se encontró con otra: fuera de lugar, nueva, desconocida, grande y azul, como el azul lavanda de la fachada de madera del Café Patisserie Maison Blanchard, o el de las pequeñas hojas que moteaban su pastel de manzana. Tras el desconcierto inicial, Nathalie recobró la sonrisa. Sin embargo aquel hombre (aunque de haberse fijado mejor Nathalie habría concluido que no se trataba más que de un muchacho), un hombre fuera de lugar, nuevo y desconocido, no se la devolvió. Muy al contrario, escondió la mirada y se marchó calle aba-

jo con la cabeza gacha bajo la gorra y las manos metidas en los bolsillos.

—¿Han visto ustedes ese chico que merodeaba hoy por el pueblo?

Monsieur Alcalá, monsieur Fillon, Antoine, Pauline... Todos lo habían visto. También Nathalie:

—Se detuvo delante del escaparate esta mañana, justo cuando sacaba el pastel de manzana —anunció al tiempo que se acodaba al otro lado de la barra, dispuesta a dar el primer sorbo de un café, el segundo de la mañana, aprovechando que todo el mundo estaba servido y hasta dentro de diez minutos no entraría por la puerta madame Florence.

—¿Y qué hizo? ¿No entró en la pastelería?

—No. Se marchó calle abajo.

—Un forastero. No me gustan los forasteros.

La congregación, con la boca dulce, asintió en silencio. Nathalie no asintió. Desvió la mirada hacia el escaparate y la dejó allí, al otro lado del cristal.

—Dios quiera que no sea un vagabundo o, a lo peor, un maleante. Habrá de andarse usted con ojo Monsieur Fillon, en estos tiempos son muchos los desalmados que hay sueltos.

—Descuide madame Offret. Mientras yo sea el responsable, Saint Martin no dejará de ser un pueblo tranquilo.

Ciertamente Saint Martin era un pueblo tranquilo, pensó Nathalie. Tranquilo, limpio, ordenado. Regido por el reloj y sometido a las únicas alteraciones propias de cada estación; las mismas cada año. En Saint Martin sur Meu, la vida transcurría cíclica, pauta, medida; coreografiada como en una película musical.

Por eso a las nueve menos diez, ni un minuto antes ni un minuto después, madame Florence entró por la puerta del Café Patisserie Maison Blanchard haciendo tintinear las campanillas de la puerta. Saludó con cortesía, se quejó del tiempo, pidió su cuarto de kilo de pastas para el té, varias pero dos más de las de chocolate y dos más de las de mermelada, y, por último, también puntualmente, renegó de su yerno mientras aguardaba a que Nathalie anudara el cordel rojo a su caja de pastas.

A las nueve en punto, ni un minuto antes ni un minuto después, madame Florence se dispuso a marcharse con su caja de cuarto de kilo de pastas de té. Sin embargo, hizo algo que nunca antes había hecho. Se detuvo al abrir la puerta, se volvió hacia los presentes y habló:

–Por cierto, ¿han visto ustedes ese chico que merodeaba hoy por el pueblo?

Todos los miércoles, a las diez y treinta y cinco, Sélène Bernard, la mujer del boticario, se tomaba un té con leche y azúcar en el Café Patisserie Maison Blanchard, al que se permitía añadir un éclair de crema únicamente en semanas alternas, pues era muy estricta con su dieta. Sólo los miércoles; al ser este el día en que se excusaba de la botica para arreglarse el cabello en la peluquería de Amandine. Por tal motivo, sólo los miércoles, madame Offret retrasaba su café con pastel de las nueve a las diez y treinta y cinco; de este modo, podía atender puntualmente a los chismes con olor a laca que la boticaria traía frescos después de su paso por la peluquería.

–Saben ese joven... –Madame Bernard removió cuidadosamente y con el meñique bien tieso un terrón de azúcar en

su té, el tiempo justo para saber que todas las miradas estaban fijadas en ella.

En efecto, madame Offret, madame Petit, madame Rendu e, incluso, Alice la contemplaban expectantes.

Nathalie, en cambio, permaneció con la vista fija en el plato que secaba concienzudamente. Aunque ella sí sabía de aquel joven, claro que lo sabía. Los últimos dos días, sus miradas se habían cruzado a través del escaparate mientras ella sacaba el pastel de manzana; un breve instante hasta que Nathalie sonreía y el muchacho, como espantado por su sonrisa, se marchaba calle abajo. Aquello la tenía desconcertada.

–Lo ha empleado madame Labadie en su casa –anunció la boticaria. –Para ayudar en el jardín y hacerle compañía...

Aquella revelación causó en las presentes el estupor esperado, el mismo que había causado en la peluquería de Amandine cuando una vecina de madame Labadie había dejado caer la noticia antes de meter la cabeza dentro del secador de pelo.

–Pero... ¿será eso posible? –exclamó madame Offret con la taza de café suspendida a medio camino hacia su boca.

Sélène agitó ligeramente la mano en el aire, como si en realidad ella no tuviera interés en aquella historia.

–Bueno... Dice que se encuentra muy sola desde que se ha ido Benoît...

Benoît Labadie era el hijo de la viuda Labadie; su único hijo, tras la trágica muerte de Romain, el primogénito, durante la batalla del Sedán, a comienzos de la guerra. Benoît era por tanto el único heredero del apellido y el patrimonio más prominente de Saint Martin sur Meu. Hacía unos meses se había marchado a París, a trabajar, aseguraba. Aunque

Nathalie albergaba serias dudas al respecto. Lo conocía bien, lo suficiente como para haber rechazado su propuesta de matrimonio, y sabía que Benoît era del tipo de hombres que había nacido para heredar, no para trabajar. Lo que Benoît hubiera ido a hacer a París, no lo sabía, ni tampoco lo importaba; como no le importaba lo que las malas lenguas de Saint Martin, la de Sélène Bernard entre ellas, decían por ahí: que había sido su orgullo (enorme orgullo tratándose de Benoît), herido tras el incomprensible rechazo de Nathalie, el detonante de su precipitada huida.

–Pero tiene a Séverine con ella...

La boticaria cabeceó con desdén.

–Esa vieja aya... Sorda y medio ciega... Está más para que la cuiden a ella. ¿Quién puede censurarle a la viuda que se haya buscado una compañía más joven, fuerte y agradable a la vista? –concluyó con una risa maliciosa mientras se ahuecaba sus ondas recién peinadas.

Nathalie no se rio cuando las demás rieron aquella ocurrencia supuestamente graciosa que a ella no se lo parecía. Además, Nathalie detestaba a Sélène Bernard. A menudo pensaba que de buena gana pondría en su té unas gotitas de algo venenoso; no mortal, por supuesto, Nathalie era una mujer de recta moral, pero sí algo que tuviera a aquella mujer vanidosa y maledicente pegada a la taza del váter al menos durante veinticuatro horas.

Transcurrieron los días venideros conforme a lo esperado; resultando también esperada la irrupción de las lluvias de otoño a final de mes. El segundo día de octubre se encendió la primera chimenea del año, la de la anciana madame

Bonin, que era muy friolera; no obstante, pronto le siguieron las demás. El aire se impregnó del aroma a leña quemada. Una semana después, las calles empedradas se cubrieron de una alfombra de hojas secas que cada vecino se afanaba en barrer a diario de la puerta de su casa. Se marcharon las golondrinas, llegaron los primeros resfriados, nació el quinto hijo de los Fourneau. Nathalie empezó a añadir uvas pasas al pastel de manzana y a hornear los Niflettes para la fiesta de Todos los Santos.

Nada fuera de lo previsto.

Nada salvo la presencia de ese chico. "Ese chico", así se referían a él los habitantes de Saint Martin sur Meu. Y estaba en boca de todos.

"Ese chico vive en el cobertizo de los Bouillon, el que tuvieron que acondicionar para alojar a los soldados alemanes... No podrán cobrar más que una miseria por esa cochambre..."

"Dicen que ese chico es de Le Mans"

"Parece ser que ese chico viene de Caen"

"Ese chico no es francés. No parece francés"

"Ese chico es muy raro. No saluda. ¿A alguno de ustedes lo ha saludado alguna vez?"

"Ayer me crucé con ese chico por la calle. Buenos días, le dije. ¿Y qué creen que hizo? Murmuró algo sin ni siquiera mirarme. Habrase visto la poca educación..."

"Ese chico no se relaciona con nadie. Ni siquiera se le ve por el bar"

"Ese chico ha venido hoy a la tienda. Ha pedido una navaja y crema de afeitar sin alzar la vista del suelo. Qué tipo tan huraño... Yo nada más digo que espero que la navaja la quiera sólo para su cuello"

“El abrigo que lleva ese chico era de Benoît. Madame Labadie se lo ha regalado. ¿Y si la pobre mujer está perdiendo la cabeza?”

“Debería andarse con ojo madame Labadie. Ese chico es un extraño, un forastero, tal vez un maleante”

–Quizá si hablara usted con madame Labadie, padre. Ya que no está Benoît...

Los domingos, excepto durante Cuaresma y Semana Santa, después de la misa y antes de almorzar en casa del alcalde, donde se veía obligado a predicar un apetito comedido si no frugal, el padre Gautier se concedía una pequeña indulgencia en el Café Patisserie Maison Blanchard: una tacita de chocolate caliente con brioche. Se trataba aquel de un momento de divino placer terrenal y no le agradaba tener a madame Bernard, la boticaria, importunándole con su cantinela, menos aun cuando se trataba de decirle lo que tenía que hacer. No obstante, además de ser un hombre de infinita paciencia rayana la santidad, lo cierto era que “ese chico” le preocupaba: no había aparecido por la iglesia, ni a la misa, ni fuera de ella, y aquello ciertamente le preocupaba.

De modo que le aseguró a madame Bernard que visitaría a la viuda Labadie. Y, tras quitarse de encima a la enojosa mujer, siguió disfrutando de su chocolate con brioche.

Aquella escena no era nueva para Nathalie. A diario, la pastelera escuchaba los chimes sobre “ese chico”. Entraban por la puerta del café con cada uno de los clientes, se instalaban en las conversaciones del desayuno, de la merienda, de la cola frente al mostrador de los dulces. Nathalie no

participaba de ellos. Y eso que por supuesto que podría haber contribuido con su propia historia.

Todas las mañanas desde el primer día, justo cuando sacaba el pastel de manzana al escaparate, "ese chico" estaba al otro lado. A través del cristal se miraban apenas un par de segundos. Ella sonreía. Él no; él bajaba la vista y se marchaba calle abajo. Con el paso de los días, Nathalie había esperado que "ese chico" entrase en el café y le pidiese un trozo de pastel, de ese pastel que a diario se detenía a observar en el escaparate.

"Hoy, hoy será el día en que entre a por un trozo de pastel", pensaba mientras lo horneaba.

Y de algún modo, sin pretenderlo, se esmeraba en estirar la masa, en preparar el relleno, en sellar los bordes con precisión y en pincelar la superficie de brillo con delicadeza porque alguien que observaba con aquella constancia su pastel de manzana merecía que fuera perfecto. Sin embargo, aún no había llegado el día en que "ese chico" atravesara la puerta del café. Para ella, "ese chico" no tenía voz, ni sonrisa, sólo una mirada fugaz que, sin embargo, la conmovía.

Sí, Nathalie también tenía su historia sobre "ese chico", pero no quería compartirla. Era su historia. De un modo extraño, algo íntimo.

El café se había vaciado y quedado en silencio. Podía escucharse la lluvia en la calle y el tic tac del reloj de pared. Del obrador subía el aroma del hojaldre en el horno. En cinco minutos tendría que bajar a ayudar a Alice con los milhojas.

Nathalie cogió la jarra de chocolate y se acercó a la barra a rellenar la taza de padre Gautier.